mosféricos; parece por eso ser un tránfuga del cielo. Su fotogenismo está acondicionado a la velocidad de la luz, que él observa en los parajes más solitarios, en los b l a n c o s a la nada. Chaplín, ¿acaso ignora dónde ya no nace el hombre, dónde no nace la flor?

41.—Charlot tipo.

LA sensación de Charlot, es la de un hombre producido en un orden económico y una civilización deprimida por un fuerte interés humano.

La desesperanza de Charlot, no es individual como en Nietzche. En la desesperanza del genio del cinema, se hospeda buena parte del espíritu contenido y político de hoy. Al menos, los seres de evasión, heroicos, los místicos nuevos, viven plenamente en esos lindes de la circunferencia que se oscurece a un lado del cielo, en el Circo. Esa matemática sensación al lado del tiempo, de la vida, es magnífica, exacta: filosófico y poético fin de la orientación errátil del judío.

El arte nuevo ha dado su tipo en Charlot (2). El tiempo antiguo, salido del medioevo, dió al nervioso Hamlet. Con él se realiza fisiológicamente la mentalidad nerciosa en oposición al temperamento clásico, griego. Los latinos y la revolución francesa no dieron sino a bufones y títeres. Chaplín encarna la contraria del bufón, y en idea revolucionria: su libertad. Con él principia en la historia la eliminación del hombre grotesco que es la figura del juglar. Chaplín muestra a veces—como al través de rayos X: en blanco y negro terribles,—su esqueleto, más no lo rabelesiano, tudesco y epidérmico de la carne tatuada, que era la técnica pirata y primitiva del juglar.

42.—El movimiento del alma.

EL movimiento de nuestro siglo mecánico, tiene su génesis en el salmo hebreo. Este mesiánico movimiento interior de la historia, asiste en pura raíz de canto la soledad redonda, lejana, de Charlot. La soledad con temperatura, con situación geográfica y patética, nadie nos la ha dado mejor que este hombrecito oscuro del celuloide. La brújula de Charlot, señala desesperadamente el Polo. El ha hecho nacer la flor del límite; ha visto en su doloroso oscilar la flor monstruosa de los abdómenes hinchados, con cáncer; los miembros que ruedan en las salas de cirujía; los sexos podridos, los senos vacíos, sin hijos. La sensibilidad de Chaplín tiene las propiedades de los rayos X. Sus ojos suben de su corazón y perforan realidades penumbradas en las ciudades (Nueva York, París, Londres) en que los ascensores se llevan buena parte de la visión solo económica de sus hombres standard. Chaplín es un ascensor que sube las almas de los más complicados y lejanos cuerpos del mundo. A pesar de sus millones, de su industria,—y lo cual no es sino una paradoja para el capitalismo—la técnica psíquica de Chaplín reacciona mejor ante el alma de la miseria, tanto que él es el primero que ha

(2).—Es muy posible que Chaplín, en lo que significa su imágen, sea el Mesías esperado por los Judíos. Y yo lo creo, porque de llegar él, tendría que ser por el cinema. Y el Mesías ha llegado, el es Charlot. Ya no es la parábola, sino el cine: el ojo del subconciente. (Nota del autor).